
ALFRED BESTER
CARRERA DE RATAS



E T I Q U E T A



N E G R A

Carrera de ratas es una de las grandes novelas policíacas de la década de los años 50 donde Bester muestra al mundo de la televisión como una competencia descarnada de la que no se excluye el asesinato.

CARRERA DE RATAS, UNA NOVELA NACIDA ANTES DE TIEMPO

El copyright de Carrera de ratas muestra que la obra se registró en 1955, pero nadie podrá encontrar referencias en las historias de la novela policíaca norteamericana o en las publicaciones especializadas sobre el libro en esa época. Carrera de ratas murió sin haber nacido ese mismo año.

Estaba fuera de lugar, fuera de género, fuera de tiempo... para su fortuna.

Alfred Bester era en 1955 un escritor prestigiado en el universo de los lectores de ciencia-ficción. Pero la ciencia-ficción era un compartimento estanco aislado de otros géneros literarios. Los lectores de lo policíaco y de ciencia-ficción, los dos géneros mayores de la novela popular en los Estados Unidos, rara vez cruzaban el pasillo de la librería que separaba los estantes de una y otra literatura.

Por eso, Bester fue incapaz de atraer a sus muchos fanáticos en la literatura de ciencia-ficción hacia Carrera de ratas. Si en esto fracasó, mucho más habría de hacerlo en el intento de colocar su novela dentro de las ediciones policíacas triunfalistas. En la época de la guerra fría, a la cola del macarthysmo, los gustos favorecían el estilo mediocre y la ideología filofascista de un Spillane.

Nacido en Nueva York en 1913, poseedor de tres títulos universitarios (entre ellos, el de Letras por la Universidad de Pensilvania), Alfred Bester se convirtió en escritor profesional en 1939 tras ganar un concurso en la revista de ciencia-

ficción Thrilling Wonder Stories. Durante los siguientes años publicó varios cuentos y en enero de 1952 apareció en la revista Galaxy su primera novela, El hombre demolido, que ganaría el Premio Hugo al año siguiente. Dos años más tarde publicó Tigre, Tigre (también conocida en español con el título de Las estrellas de mi destino) y se incursiona en la novela policíaca con Carrera de ratas.

Mientras en el terreno de la ciencia-ficción Bester se convertía en uno de los grandes del género, en lo policíaco era un absoluto perdedor.

Entre 1955 y 1980, Bester, que nunca fue autor prolífico y que frecuentemente abandonó la literatura para pasar largas etapas trabajando en publicidad, televisión e historieta (Batman), fue entregando con cuentagotas su producción de ciencia-ficción, pero ninguna novela policíaca más.

En 1964 apareció El lado oscuro de la Tierra, en el 74 Computer Connection, y en el 80 Golem 100, todas ellas con notable éxito de crítica y público.

A principios de la década de los años 80, Alfred Bester era reconocido como uno de los «maestros venerados» del género. Nicholson lo llamó «el Raymond Chandler de la ciencia-ficción», por su estilo «rudo pero refinadamente literario». Esta observación tenía la virtud no solo de reconocer la similitud de intenciones de los autores sino la de acertar de rebote en la afinidad de Bester con la novela policíaca. En dos de sus novelas de ciencia-ficción sus personajes son policías y su más brillante obra, El hombre demolido, un clásico ya en la ciencia-ficción, tiene una estructura de novela policíaca.

Sin embargo, el temprano fracaso de Bester con Carrera de ratas frustró su indudable vocación de autor policíaco y solo se permitió volver al género entrando por la puerta trasera.

¿Merecía Bester haber salido derrotado de su única incursión en la novela policíaca?

Carrera de ratas es una novela muy especial. Fiel a su comienzo, donde declara que en Nueva York, la ciudad más competitiva del mundo, mata mejor una mirada de envidia que un puñal afilado, la obra se ubica en un incierto terreno de literatura policíaca psicológica en el que se situarán escritores como Kenneth Fearing y en el que la acción frecuentemente se produce más al chocar las ideas de los personajes, sus obsesiones, sus frustraciones y temores, que al dispararse los revólveres.

De diálogos vertiginosos, imaginativa, muy cuidadosa en el trazo de los personajes, ambiciosa, genial en la descripción del balbuceante y mortífero mundo de la televisión, Carrera de ratas es además una novela extraordinariamente atrevida para su época: personajes comunistas, homosexuales, vocablos malsonantes, crítica feroz del mercantilismo y la competencia capitalista... Novela difícil para crítica y público que, en la mitad de los cincuenta en USA, se encontraban cautivados por los fantasmas del conservadurismo nacionalista y anticomunista, y que marginaba a los creadores más brillantes del género (Thompson, McCoy, Goodis).

Por eso, Carrera de ratas muere al nacer y tendrán que haber pasado 30 años, para que la novela sea relanzada en Estados Unidos por una editorial británica y coseche un éxito enorme casi de inmediato.

Parece evidente que Carrera de ratas solo tenía una debilidad: haber nacido antes de tiempo.

Nuestra versión al español repara mínimamente la injusticia cometida hace 30 años y que privó a la literatura policíaca de un gran autor.

PACO IGNACIO TAIBO II

NOTA DEL AUTOR

Esta historia fue escrita hace 30 años y es un retrato de la llamada «época dorada», cuando la televisión era joven, viva, experimental y susceptible de sufrir los más salvajes desastres en los estudios. Todos los caracteres, los eventos y aun la jerga picaresca eran reales.

La televisión ha crecido hasta convertirse en una enorme industria actualmente en los Estados Unidos: experimentada, eficiente, con demasiado dinero encima para tolerar la locura pasada que aquí se narra. Obtiene enormes beneficios pero ha perdido la aventura de su juventud.

ALFRED BESTER (1984)

CAPÍTULO I

Cada mañana detesto estar vivo, y todas las noches tengo miedo de morir. Mi vida transcurre dentro de este paréntesis y dado que con frecuencia camino sobre la cuerda floja por encima de la histeria, soy muy sensible a los dilemas de otras personas que cruzan sus propios abismos.

Mi oficio es el de escritor de guiones de televisión y me especializo en los programas de misterio. Estoy casado con una actriz. Ambos somos segundones en el negocio de la diversión..., eminentemente anónimos para el público y bastante bien conocidos entre nuestros colegas. Los dos juntos ganamos de diez a veinte mil dólares al año, dependiendo de altas y bajas. Esto es solo una cantidad razonable en nuestro medio.

A nuestras familias les parece una fortuna y los deslumbra nuestro esplendor. Nos molesta esta actitud, pero no logramos disipar la ilusión de que el General Sarnoff me llama por mi apodo y me da palmaditas en el hombro. Ya ni siquiera lo intentamos. Nos hemos dado cuenta de que a la gente le gusta que sus amigos sean atractivos, así que ya no tratamos de evitar la admiración inmerecida. Pero no puedo soportar el engaño, y si aparezco como un cínico en esta historia es porque estoy distanciándome para decirles la verdad. En realidad soy lo contrario de un cínico..., bastante ingenuo, enamorado del romance y la aventura, con los principios éticos y morales de un guía de *boy-scouts*.

Esto es todo lo que pretendo decir de mi persona, porque la historia no trata acerca de mí, sino de unos caminantes sobre cuerdas flojas y de sus extrañas aventuras en este fantástico pueblo fronterizo que los lugareños llaman *La*

Roca. *La Roca*, por supuesto, es la isla de Manhattan, el único sector de la metrópoli de Nueva York que a nosotros nos parece genuinamente Nueva York; y en nuestro negocio existe un muy pequeño grupo de nativos nacidos y criados en *La Roca*. Les sorprendería saber cuán pocos son.

La Roca es la magnífica frontera de esta nueva vida que todos empezamos a vivir, vida que es la mezcla terrible de los niveles consciente e inconsciente de nuestras mentes. Es novedosa y terrible porque las profundidades inconscientes, ocultas hasta ahora, han sido expuestas y participan abiertamente en nuestra vida cotidiana, convirtiéndola en una guerra salvaje, despiadada.

Es como uno de esos viajes en metro en que vas por túneles que surcan las profundidades de la ciudad, salen abruptamente a la luz del día para rugir frente a ventanas de terceros pisos y se hunden nuevamente en los niveles inferiores. Por lo tanto, cuando conoces a alguien en *La Roca*, nunca sabes el momento en que una vuelta inesperada te llevará hacia arriba, a echar un vistazo fugaz a través de las ventanas de su espíritu; o hacia abajo, a las oscuras profundidades de sus odios y deseos informes.

En nuestro pueblo se amontonan aventureros de todo el mundo, igual que los cazafortunas iban al oeste hace un siglo. En los viejos tiempos peleabas en Denver y en Fargo por tu vida y tu fortuna, pero en nuestro pueblo fronterizo peleas también por tu cordura. Los impulsos y ambiciones, las profundas pasiones y compulsiones, la búsqueda ciega de símbolos y compensaciones que atrae a los bandidos hacia *La Roca*, están desnudos y expuestos, y es ahí donde reside el peligro. Alguien puede declararte la guerra porque eres una amenaza a su empleo, o simplemente porque eres el símbolo de una amenaza a su precaria estabilidad. Nunca sabes, al cruzar la calle, si vas a ser aporreado por la cachiporra del ladrón o por la pesadilla del neurótico.

La Roca es tan salvaje y abierta que nadie pretende enmascarar los hondos abismos y fuegos latentes de las vidas

de sus habitantes. Caminando sobre nuestras cuerdas flojas, llevamos nuestros miedos y fijaciones como armas desnudas, y los usamos tan rápida y mortalmente como Billy «El Niño» usaba su revólver. El resultado es que peleamos, amamos y tenemos aventuras en todos los niveles, y nunca nos molestamos por separar la realidad de la ilusión por que ambas son igualmente vividas y peligrosas. En la aventura que voy a contarles trataré de separar la realidad de la ilusión, pero a fin de cuentas creo que estarán de acuerdo en que es innecesario. Como el clásico barman en la clásica película del Oeste, ustedes se zambullirán detrás de los barriles de cerveza al primer disparo, provenga este de una pistola de verdad o de la agitación explosiva de la mente de un hombre. Y no imaginen ni por un momento que esta historia es una invitación para hacerse asiduos del psicoanálisis. Se crea o no se crea en el análisis, hay que admitir que el hombre, como el iceberg en el mar, se encuentra oculto en un noventa por ciento.

Simplemente voy a describir cómo es la vida en nuestro pueblo fronterizo, donde las partes sumergidas flotan en la superficie.

Esta historia tiene lugar en un programa en el que nunca trabajé. Se trata de una chapuza de variedades para la televisión llamado *¿Quién es?*; uno de esos locos revoltijos que empezó como programa de preguntas-concurso y terminó en revista musical. Las estrellas son Mason y Dixon, respaldados por Kay Hill y Oliver Stacy. Lo dirige Raeburn Sachs, está escrito por Jake Lennox y la música es de Johnny Plummer. Melvin Grabinett Associates lo produce y le cuesta al cliente —Zapatos Moda— 50 000 dólares a la semana.

¿Quién es? no es un programa caro considerando los costos de los programas de variedades en la televisión. Se encuentra en un rango intermedio. Pienso que podrían estar interesados en un desglosamiento aproximado del presupuesto para darse cierta idea de los intereses que defen-

dían las personas en esta aventura. Es decir, los intereses monetarios. La cadena de televisión cobra 25 000 dólares por media hora de transmisión de costa a costa. Mig Mason, la estrella, obtiene dos mil dólares semanales. Diggy Dixon, que es la coestrella, no recibe ni un centavo porque Mason es ventríloco y Dixon es su muñeco. Stacy, Kay Hill y otros talentos y especialistas, incluyendo a los bailarines, reciben 3000 dólares.

Los escritores —Jake Lennox y los humoristas de Mason— se reparten 1500 dólares. Lennox recibe también una pequeña proporción de la parte que le toca al productor por haber ayudado a la creación del programa. Incidentalmente, uno de los humoristas de Mason se casó por primera vez en su cumpleaños número cuarenta y tres. El matrimonio terminó después de dos semanas. La novia regresó a su casa en Canadá y el humorista se fue a Washington donde se convirtió en espía del gobierno. Aún estamos tratando de resolver el embrollo. Quizás decidió que cualquier cuerda floja, incluso una de espionaje, sería más segura que aquella en la que se balanceaba.

Raeburn Sachs gana 750 dólares a la semana por dirigir *¿Quién es?* La manera en que se inició Sachs en el medio es una de las grandes leyendas y la única explicación de su estrafalaria vida pública y privada. Era empleado de oficina en una compañía de publicidad y un día llegó al trabajo en un Cadillac nuevo. También llevaba ropa nueva y una nueva imagen. Todo el mundo le preguntó si había robado un banco. Broma tipo Chicago. Ray les contestó orgullosamente que había escrito una canción de éxito llamada *Lumbago* o algo parecido.

Nadie oyó nunca hablar de la canción. La compañía hizo un poco de trabajo detectivesco y descubrió que *Lumbago* existía, había sido escrita verdaderamente por Ray y grabada como favor por un primo suyo director de una banda que trabajaba para una compañía discográfica de Chicago. El truco radicaba que el disco tenía otra cara y esa estaba

vendiendo toneladas. Lo llamaban «el Lanzamiento», y Sinatra estaba en «el Lanzamiento». Sinatra producía las ventas, pero Ray compartía las ganancias. Eso le creó una reputación y le inició como experto en variedades. Desde entonces ha estado tratando de justificar ese «lanzamiento» erróneo.

Aquí va un poco más del presupuesto: Johnny Plummer, casado con la más exóticamente hermosa mujer del mundo, tiene adjudicados 1500 dólares para orquesta, copias y su propia tarifa. La esposa tiene órdenes terminantes de no aparecer por el teatro porque desorganiza a los filmadores ya que el tiempo de cámaras es tan precioso como el uranio. Cámaras y técnicos cuestan 2000 dólares. Escenografía 3000 dólares. Los efectos especiales, como lluvia, nieve, actos divinos y proyección posterior, cuestan 500 dólares.

El productor Mel Grabinett (Mr. Blinky, «parpadeos» para sus enemigos; amigos no tiene) se embolsa 3000 dólares que comparte con Jake Lennox y Ned Bacon, quienes le ayudaron a desarrollar ¿Quién es? Jake y Ned reciben dos billetes y medio cada uno. Es decir 250 dólares. Borden, Olson y Mardine, la agencia de publicidad que representa al cliente, aumenta un 15% del costo en bruto del programa por tarifa de agencia, y eso, más el dinero de los premios e imprevistos, suman 50 000 dólares a la semana para demostrar la superior calidad de los Zapatos Moda.

Unas cuarenta trabajadoras y a veces brillantes personas llevan a cabo juntas ¿Quién es? cada semana: artistas, técnicos y empresarios. Cada uno de ellos camina sobre su cuerda floja personal, pero todos deben caminar sobre la cuerda floja común del programa los domingos en la noche frente a 37 millones de telespectadores. La presión individual, sumada a la tensión común, hacen que parezca inevitable que el programa explote durante el ensayo y no salga nunca al aire. Sin embargo, ¿Quién es? ha aparecido durante 39 semanas seguidas sin fallar. Es decir, hasta la función de Fin de Año.

Fue como una pesadilla. Todos los que vieron el programa se dieron cuenta de que algo andaba mal. Mig Mason trabajó tan mal que podía notársele la boca torcida y los músculos del cuello tensos durante los ensayos de ventriloquia con el muñeco. Oliver Stacy repartió equivocados los premios. Johnny Plummer falló en sus entradas. Los directores de planta y los asistentes deambulaban aturridos frente a las cámaras. Los bailarines hicieron su número como si esperaran que el techo se derrumbara en cualquier momento. Casualmente, la revista *Variety* vio el programa esa noche y lo hizo pedazos.

Variety fue injusta. Su crítico debió primero haber revisado las circunstancias. Se hubiera enterado de que el programa se fue por la ventana porque un hombre cayó de su propia cuerda floja con un estruendo tan desastroso que sacudió a todos los demás. Habría descubierto que menos de metro y medio de cuadro visual salvó al auditorio en el estudio y a los telespectadores del espectáculo de un muerto que colgaba por el cuello de una reja de metal encima del escenario.

Durante veintinueve minutos y treinta segundos, estrellas, actores, bailarines y técnicos llevaron a cabo el proceso de realizar *¿Quién es?* con un cadáver sobre ellos que tenía ojos fijos y la lengua hinchada... víctima de la salvaje y despiadada guerra en nuestro pueblo fronterizo, asesinado por el desquiciamiento de la mente de un hombre.

Conocí al difunto. Conozco qué lo mató. Todavía me relaciono amistosamente con la mayoría de los cortadores de cabezas que lo vieron morir. He hablado con ellos, los he interrogado y he escuchado lo que no podían decirme tanto como lo que dijeron. He separado todos los cabos que se entretejen para formar la cuerda alrededor del cuello de un hombre. Este es el relato de lo sucedido...

CAPÍTULO II

Jake Lennox había estado librando durante diez años una batalla perdida contra sí mismo. Se trataba de una lucha de la que nunca se había percatado. Dos planos en su mente se odiaban entre sí y estaban desgarrándolo. Jake tenía un ideal consciente, el modelo del hombre que deseaba ser: austero, bondadoso, infalible, sofisticado. Sufría, como muchos de nosotros, del complejo *Mignon*. Estaba amargamente avergonzado de su pasado. Había tenido una escuálida infancia como hijo de un almejero borrachín de Long Island y le hubiera gustado despertar una mañana para descubrir que era el hijo menor del marqués de Suffolk.

Pero, en realidad, Jake era un hombre de lo más bullanguero; lleno de risa y de ruidosa energía, ansioso por tener amigos lascivos y una mujer ardiente a la que pudiera amar y desposar y con la que pudiera extralimitarse en la cama. No se daba cuenta de esto. Creía en la imagen consciente de lo que quería ser. Y mientras que incontenibles pasiones en su interior pugnaban por conquistar y destruir el mundo que se había creado para sí, la parte consciente de su ser luchaba desesperadamente por mantenerlo íntegro.

En ocasiones cedía la parte consciente y es por eso que Jake Lennox despertó la noche de Navidad representando el papel de otro hombre. Estaba convencido de que era el señor Clarence Fox, de Filadelfia. Esta historia me la contó Jake y después Aimée Driscoll cuando fui a su piso a reclamar el abrigo de Jake y su preciado «cuaderno de ideas». Jake era incapaz de encarar a Aimée nuevamente. Ella era un símbolo de esa agitación en su interior que le era imposible reconocer.

Aimée (¿qué tal el nombrecito?) es una rubia de cara rechoncha, con el pecho y el trasero más gordos de todo el circuito cabaretero. Si se la mirara a través de una botella de ginebra podría pensarse que se trataba de una pechu-gona acróbata sueca. Eso fue lo que engañó a Jake. Aimée me explicó amablemente que existen hombres frontales y hombres posteriores, y ella reúne a ambos en su encantadora vida. El sr. Clarence Fox era un hombre completo.

Lennox despertó aún borracho y manchado por la sangre de la riña en el Ye Baroque Saloon donde había ligado a Aimée. Se encontraba hundido, vestido solo con su ropa interior y cubierto por una arenosa manta india, en un sobresaturado sillón. Estaba oscuro. Jake dejó escapar un gruñido que se convirtió en la balada que había compuesto la noche anterior y con la que había estado lastimando oídos desde entonces.

Aimée escuchó el alboroto, corrió a la sala y encendió la luz. Lennox respingó, cerró los ojos y estornudó tres veces a ritmo solemne de vals.

—Menos luz —murmuró—. Una cita torcida de Goethe. Soy dueño de una extraordinaria educación, completamente autodidacta además. Me hace falta más vulgaridad en la sangre.

Comenzó a gruñir nuevamente.

—No hagas tanto ruido, Clarence —gritó Aimée desde la puerta—. Acaba de una vez con esa maldita canción.

Lennox terminó de cantar. La canción incluía todas las palabrotas que conocía. Diecisiete exactamente.

—Y deja de decir palabrotas —le ordenó cortante Aimée.

Traía puesto un sostén, bragas y medias negras caladas; no con el fin, como señaló ella misma, de despertar a la fiera cautiva en el señor Fox. Se trataba de su uniforme convencional. En realidad, sabía que él seguía borracho y confiaba en que no intentaría nada. Caminó provocativamente hasta el sillón y se reclinó solícita sobre el señor Fox. Había

sido muy generoso con ella a pesar de que sus servicios profesionales no habían sido requeridos aún. El señor Fox se quedó mirando al interior de su prominente escote. Súbitamente, metió en él su pesada mano.

—La Gran Madre —rio Lennox.

Alcanzó a lastimarla. Aimée aulló y saltó hacia atrás. Lennox se aferró al sostén hasta desgarrarlo. Comenzó a gritar como si fuera una animadora deportiva: ¡Brah! ¡Brah! ¡Brah!, ondeando el sostén como si se tratara de un banderín de colegio.

—Maldito rufián —chilló Aimée—. Eres un malvado. Eres un sucio borracho desgraciado. Me disgustaste desde el principio, maldito cerdo hijo de...

—No, no —protestó Lennox—. Permíteme un acto de reverencia: «Hermosa es mi dama pues abril vive en su rostro; su dulce pecho, septiembre lo reclama como propio...». Poema de R. Green, con auxilio de C. Fox.

Jake se levantó del sillón tropezando, atrapó a Aimée y la abrazó reverentemente. Hundió el rostro entre sus pechos. No se había afeitado en día y medio y su barba lastimaba. Aimée luchó por liberarse, retorciéndose hasta arrojarlo lejos. Lennox se puso de pie, balanceándose como el palo mayor de un barco.

—Pero el gélido diciembre habitaba su corazón —murmuró lastimeramente—. ¿Dónde está la mujer capaz de brindar placer con la ternura de una virgen y la pasión de una prostituta? Tú lo das, Aimée, pero tienes el sabor del dinero.

Se tambaleó, tropezó contra una masa de cartón y papel de envolver y cayó sobre un árbol de navidad de un metro de alto que expiró con un sonido metálico y un crujido.

Aimée se echó a reír. Quedaba vengada. Lennox se levantó furioso, tomó el árbol de navidad por un extremo y lo estrelló salvajemente contra la pared. Aimée protestó. Él se le echó encima y le dio un azote sobre las gordas nalgas.